

Tejer con letras en medio de la selva

Motete en el departamento del Chocó



Velia Vidal

Todo inició con la decisión de volver. En junio de 2015, luego de veinte años viviendo en Cali y en Medellín, lugares a los que fuimos buscando nuevas y mejores oportunidades, como muchas familias del Chocó, huyendo, quizá, de la precariedad que se vive en esta tierra, decidí, ahora con mi propia familia, regresar a mi lugar de origen para quedarnos.

El Chocó habitaba en mí como el paraíso, el lugar de mis ancestros, mi familia y los días felices, especialmente Bahía Solano, aunque reconocía también aspectos más formales, como que es un departamento joven, que existe como entidad territorial político-administrativa desde 1947; sin embargo, tiene una larga historia marcada por los temas políticos, sociales, económicos, por su cultura, por su ubicación estratégica, su riqueza biogeográfica y también por la esclavización con sus innumerables efectos. La riqueza de su flora, fauna, recursos hídricos y minerales, así como la diversidad de pueblos indígenas y la presencia de africanos esclavizados y sus descendientes, habitaban en mi memoria como lecciones de la escuela primaria y como el paisaje cotidiano de cada una de mis visitas.

A mi regreso tenía un propósito simple: instalarme en Bahía Solano, buscar una casa que nos permitiera tener mucho contacto con la naturaleza y establecer algún negocio que nos generara ingresos suficientes para cubrir los gastos. Desde mi llegada, el 3 de julio de 2015, buena parte de mi ejercicio fue la observación. Buscaba lo que quería hacer en mi vida. No había decidido venirme de Medellín, donde tenía condiciones laborales excepcionales, solo para tener un empleo. Durante los primeros meses tuve muchas conversaciones con amigos y familiares alrededor de la pregunta: ¿qué hace falta en el Chocó? La respuesta casi siempre era: casi todo; sin embargo, esta respuesta no me resolvía mucho, porque nuestro interés no era simplemente revisar el mercado para tener un negocio rentable, sino dedicarnos a algo que estuviera cargado de sentido.

Todo hace falta en el Chocó

Esa idea de que en el Chocó hace falta todo no es reciente ni exclusiva de nuestro entorno cercano, tampoco es una idea del pasado, por el contrario, es una frase recurrente ante cualquier descripción del departamento y que tiene que ver mucho con su historia poblacional. Desde finales del siglo XIX, la población negra pasó a ser mayoría en esta región, ya que fueron dejando de ser exclusivamente mineros, y con la abolición de la esclavitud, parafraseando a Peter Wade (2018), los esclavos negros que habían trabajado alguna vez en cuadrillas de mineros a través de la automanumisión se asentaron por la selva y los indígenas fueron desplazados gradualmente a las nacientes de los ríos, mientras los negros ocupaban los lugares bajos y medios en un patrón de asentamiento disperso. En la actualidad, el 71,51 % de los pobladores del Chocó se reconocen como negros, mulatos o afrocolombianos. En el caso de Quibdó, capital del departamento, el 92 % de la población se reconoce como negra o afrocolombiana. Hay quienes afirman que esta región tiene la mayor concentración de población afro en América Latina. El departamento está compuesto por treinta municipios y tiene una población de quinientos veinte mil habitantes, de los cuales, aproximadamente, ciento veinte mil están ubicados en Quibdó. Contar con una mayoría de población racializada tiene una relación directa con una historia de exclusión, ausencia de garantía de derechos e impactos del racismo estructural, de ahí que sea tan fácil decir que en esta tierra hace falta todo.

Se reconoce ampliamente el ecosistema de selva húmeda tropical, con presencia de lugares como el tapón del Darién que representan lo inhóspito y agreste de toda la región. La población, con una baja densidad, excepto en la capital, está ubicada en pequeños poblados de difícil acceso, mayoritariamente sin carreteras, a los que se llega por vía marítima o fluvial. Estas condiciones se convierten en una oportunidad para los

grupos ilegales de autodefensa o guerrillas, y en una desventaja para los pobladores.

Decir que en el Chocó hace falta todo también hace alusión a cifras alarmantes como la tasa de analfabetismo, el bajo acceso a los sistemas de salud o de los ingresos promedio; según el Departamento Nacional de Planeación (2019), la cobertura en acueducto es del 20 %, frente al 83 % de la cobertura nacional, mientras que la cobertura en alcantarillado es del 15 %. Quibdó permanece como la capital con mayor tasa de desempleo en el país. Y, contrario a la economía nacional, la economía local en esta ciudad decreció en el 2019 un 5 %. La cobertura educativa está cinco puntos por debajo de la nacional y, en asuntos de calidad, el Chocó ocupa el último lugar en todos los niveles educativos.

A pesar de una respuesta tan aplastante sobre la realidad del departamento, la idea de volver y de haber encontrado lo que llamaba —y sigo llamando— «mi lugar en el mundo» me ha mantenido siempre llena de esperanza. Creo que hacer consciencia de la realidad, con sus bondades y tragedias, nos llevó a hablar de la importancia de no enfocarnos en las necesidades, sino en las oportunidades. Es que, a pesar de una historia trágica, de haber vivido algunos de los capítulos más horribles del conflicto colombiano, la población del Chocó ha sido resiliente. Esto se demuestra en los procesos étnico-territoriales, yendo más allá de la Ley 70 de 1993 y promoviendo acciones como las que lograron la Sentencia T-622 que reconoce al río Atrato como sujeto de derechos, o la gran participación de la población durante la negociación y la implementación del acuerdo de paz entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Estos procesos han demostrado, además, que en contextos como el nuestro es necesario liderar, crear, consolidar y sostener iniciativas de la sociedad civil que aporten a la calidad de vida de sus participantes.

Luego de muchas conversaciones, luego de la escucha y la observación, y atendiendo también a los temas de interés personal, me incliné por aquellos asociados a la riqueza cultural. Como tantas cosas, en el Chocó también hacía falta la garantía del derecho a la cultura y sentí que, a partir de ese derecho, en particular el derecho a la lectura, podría ser detonante del acceso a otros derechos y oportunidades que también venían siendo negados a muchas familias. Así se fue configurando la Corporación Educativa y Cultural Motete, que ya cumplió cinco años de operación y que hoy tiene unos resultados importantes que van más allá de los números, que dan cuenta de un tejido social y afectivo que une a aliados, familias participantes, maestros y maestras, artistas, organizaciones locales y especialmente niños, niñas, jóvenes y adolescentes del Chocó.

El origen de Motete

Cuatro hechos anecdóticos dieron origen a Motete: el primero ocurrió mientras estaba recorriendo las poblaciones indígenas de Juradó, en la frontera con Panamá por el Pacífico. Pude ver que los *motetes*, que son canastos tejidos con fibras naturales, estaban en todos lados, pensé que la palabra era fácil y posible de pronunciar en muchos idiomas, además, me gustaba el hecho de que fuera un tejido que servía para cargar muchas cosas. El segundo hecho ocurrió cuando me instalé en Quibdó y llegaron los pocos libros que había decidido conservar de mi biblioteca de Medellín, venía un pequeño texto de Federico García Lorca, conocido como «Medio pan y un libro», que es el discurso que pronunció cuando inauguraron la primera biblioteca de su pueblo. Este texto fue como una epifanía, sentí que se revelaba ante mis ojos lo que estaba buscando. El tercer hecho, anterior a los dos mencionados, es que entre julio y octubre de 2015 se desarrollaban las campañas para elección de alcaldes y gobernadores. El tiempo de campaña es propicio para observar todas las prácticas sociales y culturales alrede-

dor de estos sucesos, que van desde la compra de votos, hasta la distribución de licor en grandes cantidades, los actos de cierre con los artistas más importantes de la región, los enfrentamientos de bandos, entre muchas otras cosas. Tuve la fortuna de conversar con muchas personas inmersas en esos asuntos políticos. Escuchar mucho y seguir observando. El cuarto hecho anecdótico es que, cuando llegué a vivir a Quibdó y me reencontré poco a poco con amigos de la infancia; observé que había un recuerdo común: era el de un señor europeo que, hacia finales de los años ochenta, recorría los barrios de la ciudad contando historias de la Biblia. Me sorprendió mucho que hubiese marcado a tantos niños de la época.

Con la idea del tejido presente y con la afirmación de García Lorca de que los pueblos necesitan libros y cultura, así como con la vivencia de que el simple acto de contar historias puede marcar de por vida a un niño o una niña, se fue madurando la idea de querer trabajar en una iniciativa que se centrara en asuntos culturales, en promoción de lectura y en el desarrollo del pensamiento crítico.

Buena parte de mi trabajo en Medellín se desarrolló en el sector cultural. Hice parte del equipo de la Fiesta del Libro y la Cultura, trabajé como comunicadora en la subsecretaría de Cultura Ambiental y dirigí el Parque Biblioteca Fernando Botero. Este escenario me permitió una mirada amplia sobre el poder de la cultura en la construcción y la reparación del tejido social en una ciudad cuya relación con el conflicto es muy conocida.

En una sesión de trabajo amplia, con amigos de diversas áreas del conocimiento, todos habitantes de Quibdó, en la que repasamos las cifras, las condiciones particulares del departamento y las necesidades que cada uno observaba, se configuró el primer documento que podríamos llamar plan estratégico. Ahí se determinó que Motete sería una organización que bajaría por el desarrollo del pensamiento crítico en las fami-

lias del Chocó. Este encuentro se dio en agosto de 2016, para ese momento, sin embargo, ya se venían desarrollando algunas actividades, que allanaron el camino para llegar a esa idea.

De la idea a la organización

La idea inicial era tomar un *motete* (canasto), llenarlo de libros e ir por los barrios de Quibdó leyendo con los niños y las niñas que quisieran acercarse a escuchar la historia. Seleccioné unos cuantos libros, compramos un *motete* y armamos la que sería mi herramienta principal. Sin embargo, las cosas fluyeron de otro modo, todo arrancó con un grupo de maestros y maestras que estaban interesados en promover la lectura desde el aula, y por ello participaron en un taller realizado en el centro cultural del Banco de la República, que tiene la biblioteca pública más grande de la ciudad, adscrita a la Biblioteca Luis Ángel Arango, una de las más importantes del país. Me invitaron a ser orientadora de ese grupo de maestros y maestras y con esto me animé a conformar un club infantil de lectura.

Logré que nos prestaran las instalaciones de la biblioteca de la Universidad Tecnológica del Chocó y convocamos con una tarjeta digital. En la primera sesión llegaron treinta y cinco niños y niñas. El mismo día que abrimos ese grupo iniciamos, con el apoyo de la Red Juvenil de Mujeres Chocoanas, un club de lectura para mujeres. Con ellas llegamos un par de meses después al barrio El Futuro II —el barrio más distante del sector donde se instalaron las familias que llegaron desplazadas por la violencia a Quibdó—, donde pretendíamos convocar mujeres, pero al no recibir respuesta por parte de estas, armamos un grupo de niños y niñas. Esos cuatro grupos de lectura, incluyendo el de maestros y maestras, fueron la génesis de Motete. Era mi actividad de los tiempos libres, que financiaba con mi salario, aportes de amigos que estaban en

otras ciudades y con el apoyo del Banco de la República en el caso del club de maestros.

Más adelante, y como producto de la jornada de trabajo con los amigos, decidimos que la iniciativa se convertiría en una organización legalmente constituida, lo que ocurrió en septiembre de 2016, cuando empezamos a existir como Corporación Educativa y Cultural Motete. Por esos días, y considerando que mi esposo, Rogelio Ortiz, se había trasladado ya a Quibdó y tenía intereses en los temas culinarios, se nos ocurrió que trabajar con la cultura gastronómica y tener un café cultural eran buenas ideas para financiar el proceso y nuestras vidas. A finales de ese año renuncié a mi empleo en la Cámara de Comercio del Chocó y me dediqué por completo con la Fundación Orbis a generar oferta cultural en un proyecto de vivienda que el Gobierno nacional había entregado recientemente para mil quinientas familias que habían sido victimizadas o vulneradas por diversas situaciones como el conflicto y los desastres naturales.

Tener un café, que era a su vez la sede de los encuentros con los niños y las niñas y el punto de llegada y salida para las actividades en los barrios, traía consigo la responsabilidad de pagar arriendo, servicios públicos, impuestos y todo lo asociado a tener un establecimiento de comercio.

Nosotros estábamos concentrados, sin embargo, en consolidar una oferta artística y cultural para la ciudad. Es así como nace una agenda cultural que incluía cine, conversaciones llamadas «mingas de saberes», conciertos de grupos locales, presentaciones de danza y de teatro. Con las donaciones que llegaron de diversas partes del país, por parte de editoriales y amigos, conformamos una biblioteca de cinco mil libros en el café, en la que era posible consultar, intercambiar o llevarse los libros prestados sin ningún costo o registro.

A los cuatro meses de haber abierto el café cultural empezó el paro cívico, liderado por el Comité Cívico por la Salvación y la

Dignidad del Chocó. Nos manifestábamos en contra del Gobierno nacional, por el abandono histórico al departamento y la ausencia de garantía de los derechos más básicos, como la salud. Esto nos ponía en la que sería nuestra primera crisis conceptual y financiera. En primer lugar, creíamos como proyecto cultural en el paro, en su importancia, de hecho, generamos varios espacios de conversación para que la ciudadanía se informara, conociera lo que pedíamos y supiera también los antecedentes de otros paros que hubo en el departamento y lo que estos representaron. Pero esto implicaba tener el café cerrado y no percibir ingresos, mientras los gastos no paraban y nosotros no contábamos con otra fuente para subsidiar los costos fijos del café y del proyecto de lectura que, para ese momento, ya se llamaba Selva de Letras. El paro pasó y, a pesar del golpe financiero, seguimos adelante. Tener un establecimiento de comercio nos permitió también encontrarnos de frente con los bajos ingresos de la mayoría de las familias de Quibdó. Las personas locales nunca fueron nuestro principal público en cuanto al consumo de productos para la venta. A esto accedían los servidores públicos, los empleados de los organismos internacionales y las personas que vienen de visita a la ciudad, generalmente dedicados a los mismos empleos. Por su oferta, Motete se convirtió en poco tiempo en el espacio cultural por excelencia en Quibdó. Sin la estridencia de la música a todo volumen en la zona rosa, lleno de libros. Con la posibilidad de ser usado para reuniones o eventos de toda clase de públicos: universitarios, reincorporados de las FARC, organizaciones de mujeres y todo el que lo necesitara. Habíamos hecho, además, un esfuerzo grande para que el espacio fuera cálido y bello.

La búsqueda por los ingresos para la sostenibilidad nos llevó a presentarnos a convocatorias del Ministerio de Cultura, a prestar el servicio de preparación de refrigerios, a hacer almuerzos y otras comidas que innovaban a partir de productos locales; llegamos incluso a ofrecer servicios en la operación de algunos eventos. Cada mes de 2017 y de 2018 fue difícil sumar los recursos para cubrir todos los gastos fijos. Aun así, llega-

mos a tener simultáneamente hasta diez empleados y empleadas, y pasaron por la organización, hasta julio de 2019, más de cincuenta personas trabajando para el proyecto.

Lo más importante que se construyó a lo largo de ese tiempo fue un entramado social alrededor de la iniciativa que nos permitió alimentar el proceso con diversas propuestas, sacar adelante muchas ideas con la fuerza del voluntariado —como es el caso de Flecho, nuestra fiesta de la lectura y la escritura del Chocó desde 2018— e ir desarrollando un perfil muy propio, que respondiera a las condiciones de la región, a las características de sus habitantes y que en realidad tomara un camino hacia la sostenibilidad.

La cultura como empresa social

Uno de los retos más grandes en este proceso ha sido desarrollar habilidades de liderazgo y gerenciales. En Colombia y en muchos países latinoamericanos los procesos artísticos y culturales se desarrollan en la informalidad o dependen directamente del Estado. Liderar un proyecto cultural independiente, privado, en contextos de alta vulnerabilidad y bajos ingresos, representa un reto muy grande. En junio de 2019, cuando la situación financiera llegó a su límite porque los ingresos no alcanzaban a cubrir ni el 60 % de los gastos, tuvimos que tomar la difícil decisión de cerrar el café cultural, que terminó representando una nueva etapa de gran crecimiento para la organización.

Se nos presentó la oportunidad de empezar a operar en la biblioteca escolar del Megacolegio MIA, una institución en el centro de la ciudad con instalaciones nuevas, con un amplísimo espacio para su biblioteca, pero sin libros y sin un equipo que planeara y administrara tan importante componente del

proyecto educativo institucional. Hicimos un acuerdo con el rector y nos trasladamos ahí. Al mismo tiempo estábamos en el proceso de firmar nuestro primer convenio con la Fundación SURA, organización del Grupo que lleva el mismo nombre, una de las compañías más grandes del país y de Latinoamérica. Ellos decidieron apoyar nuestro programa de lectura para ciento veinticinco niños y niñas en cuatro barrios de las zonas con mayor vulnerabilidad en Quibdó. También habíamos ganado el Fondo Emprender, del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), un fondo que entrega créditos condonables para la creación de empresas y que abrió una convocatoria para iniciativas culturales o de economía naranja, de acuerdo con los intereses del Gobierno nacional de turno.

Por esos días recibimos también una asesoría empresarial que nos permitió, de cara a esta nueva etapa que empezaba a experimentar Motete, reorganizar todo lo que veníamos haciendo. Hoy Motete está compuesto por dos personas jurídicas: Corporación Educativa y Cultural Motete, que es una organización sin ánimo de lucro que nos permite presentarnos a convocatorias del Ministerio de Cultura, hacer el convenio con la Fundación SURA o con la institución educativa para el uso y la coadministración de la biblioteca; y del otro lado está el Café Cultural Motete Zomac¹ S. A. S. Con esta última figura pudimos firmar el convenio con el Fondo Emprender y es la que nos permite comercializar productos gastronómicos, vender servicios educativos y culturales, libros, entre otras actividades comerciales.

En marzo de 2020, cuando ya corría nuestro convenio con la Fundación SURA y empezábamos la implementación del proyecto con el Fondo Emprender, mientras realizábamos la tercera Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó (Flecho), nuestras actividades, como las de todos, fueron interrumpidas por la pandemia, pero en Motete seguimos adelante. Luego

¹ Zonas más afectadas por el conflicto armado colombiano.

del tiempo natural de adaptarnos a las nuevas circunstancias individualmente, adaptamos también nuestro programa Selva de Letras para llegar a los hogares de los niños y las niñas. Con nuestra participación en el Fondo Emprender no ocurrió lo mismo, finalmente renunciamos a estos recursos, dado que la carga burocrática era demasiado fuerte para nosotros, que ya habíamos aprendido que era mejor concentrarnos en los procesos que en tener infraestructura física que nos representara costos fijos. La pandemia nos dio, sin embargo, la oportunidad de adaptar nuestro programa Selva de Letras y llevarla a entornos escolares con la financiación de la Fundación Tinker, una organización de Nueva York.

En la actualidad, seguimos enfocados en la generación de encuentros alrededor del arte, la cultura y, en particular, la lectura, para el desarrollo del pensamiento crítico y el ejercicio de ciudadanías autónomas. Conservamos ambas personas jurídicas —que para nosotros corresponden a una sola marca y empresa— que trabajan dos focos: lectura y tejido cultural. Dentro de esos dos enfoques se enmarcan los siete programas que desarrollamos, con los cuales atendemos una población cercana a mil familias en Quibdó y Bahía Solano.

En lectura tenemos el programa Selva de Letras, que se centra en la formación de lectores, para lo cual se desarrolla un proceso de dos años en los barrios y el centro de Quibdó, donde los niños y las niñas, entre cuatro y once años, se acercan al universo del libro, a los géneros literarios, y fortalecen sus habilidades comunicativas y sociales y el pensamiento crítico. Son ochenta sesiones que incluyen visitas domiciliarias, reuniones con los padres, encuentros con autores, préstamos de libros, entre otras actividades. Este programa fue llevado al contexto escolar —Selva de Letras en la Escuela— donde se desarrollaron guías educativas, con enfoque étnico-diferencial para fortalecer las habilidades tecnológicas, comunicativas y del lenguaje afectadas en el contexto de la pandemia. En este mismo programa tenemos el trabajo con maestros y maestras

promotores de lectura, que ya está en su quinto año de ejercicio. Tenemos el programa de bibliotecas escolares-públicas, en el que ahora administramos tres bibliotecas: en una funciona la organización y las otras dos son de instituciones que están en Selva de Letras en la Escuela. Dentro de las bibliotecas se realizan procesos como las vacaciones literarias y el proyecto Ifemelu, que trabaja con la obra de la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie como una herramienta para conversar sobre autorreconocimiento y feminismo. Llamamos Otras Lecturas al programa que recoge proyectos de duración limitada, generados regularmente por demanda de instituciones que desean acercar nuestras iniciativas a un público en particular.

En la línea de tejido cultural tenemos la Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó, que se acerca ya a su quinta edición, y en la que se reúnen autores locales y nacionales, se desarrollan talleres, estrategias de comunicaciones, entre otros eventos, para encontrarnos alrededor de la palabra. Tenemos la Librería Cocorobé, que se especializa en ofrecer libros de interés local, esto es, principalmente, con enfoque étnico. Leer el Río es una suma de proyectos asociados a cultura ambiental, dentro de los que se encuentran Atrato Fest, el proyecto de intimidad sonora en Río Quito y Atrato Colaboraciones. Nuestro séptimo programa es más bien un sueño que llamamos Editorial Palafto, en el que queremos publicar títulos que nos representen y que permitan la circulación de títulos de interés para el pueblo afro.

En Motete intentamos alejarnos de la visión exotizada del afrochocoano y, si bien promovemos las manifestaciones artísticas propias, no nos interesa mercantilizar la idea de la cultura afro. Con Motete generamos espacios de encuentro donde, evidentemente, se ponen en escena las manifestaciones artísticas de esta región que son, al igual que su población, mayoritariamente afros, pero tienen también mucho de indígenas. Nos interesa aportar a la garantía del derecho a la cultura. Si bien valoramos la tradición oral, reconocemos que esta ha sido utilizada también para discriminarnos: no escribimos, no

leemos, por tanto, no existimos en la literatura, en la academia —por lo menos no contados por nosotros mismos—; por eso creemos que la apuesta por la lectura y la escritura nos ayuda a cerrar una brecha muy significativa en la exclusión que vive nuestro departamento.

La música y la literatura, como bien lo analizan Robin Moore y Doris Sommer (2018), han tenido un rol muy significativo en los procesos sociales de las comunidades afrolatinoamericanas; el Chocó no ha sido la excepción, sin embargo, como ya lo mencionábamos, uno de los mayores efectos del conflicto ha sido la eliminación de los espacios para el desarrollo y la expresión de estas manifestaciones artísticas y culturales. De ahí la importancia de seguir promoviéndolos y abriendo escenarios para su expresión. Seguiremos en este camino.

Seguramente no viviremos para ver al departamento del Chocó con altos niveles de calidad de vida, porque estamos convencidos, y particularmente lo estoy, de que faltan muchos años para llegar ahí, pero sí tenemos la tranquilidad de estar aportando cada día a que se avance en un proceso que, a la postre, va a desembocar en un departamento afrocolombiano con mayores niveles de equidad, con mejores condiciones en educación, donde las personas puedan ejercer libremente su derecho a la cultura y cuenten con condiciones que les permitan hacer un proyecto de vida aquí, que puedan elegir estar en su territorio sin ser cíclicamente víctimas de racismo y exclusión.

De aprendizajes y logros

Motete es un ejemplo para encontrar un punto en el que se desarrollen las manifestaciones culturales, se fortalezca y se capitalice el valor que pueden generar los vínculos afectivos familiares y comunitarios, sin caer en estereotipar o exotizar desde la cultura misma. Este es un reto de los pueblos

afrocolombianos, en el que las organizaciones como Motete pueden jugar una labor muy importante a partir de la claridad conceptual y el foco en su apuesta misional. Poner en escena, disfrutar de las manifestaciones artísticas, fortalecer las habilidades alrededor del arte y la cultura, es un derecho que también ha sido negado, como tantos, a los pueblos afrocolombianos. Desde la sociedad civil, y con iniciativas empresariales cargadas de sentido, se puede aportar a la garantía del ejercicio de este derecho, a la vez que se generan ingresos y calidad de vida para artistas, promotores de lectura, gestores y quienes decidan desarrollar su proyecto de vida alrededor del arte y la cultura. Pensar en las iniciativas culturales como empresas es apenas lógico y necesario, especialmente en contextos donde hay altas tasas de desempleo y reina la lógica de la caridad, que sigue poniendo a los pueblos afro en el lugar de los necesitados y quienes reciben migajas, cuando sus propias ideas, manifestaciones artísticas y talentos pueden ser una fuente de ingresos. No se trata de la mercantilización de las tradiciones, se trata de generar espacios de encuentro en condiciones dignas, procurando relaciones horizontales y dando sostenibilidad a las ideas y las iniciativas que nos permiten poner la mirada más allá de la satisfacción de las necesidades básicas.

Este artículo es una adaptación del texto «Cultura, resiliencia y desarrollo de las comunidades afrocolombianas. Motete en el departamento del Chocó», escrito por Velia Vidal Romero como trabajo final con mención honorífica en la primera cohorte del Certificado de Estudios Afrolatinoamericanos del Afro-Latin American Research Institute at the Hutchins Center (ALARI), Harvard University-United States.

BIBLIOGRAFÍA

- Hoffmann, O. (2010). De «negros» y «afros» en Veracruz. En E. Florescano & J. Ortiz Escamilla (Eds.), *Atlas del patrimonio natural histórico y cultural de Veracruz* (pp. 127-140), tomo 3: patrimonio cultural. Universidad Veracruzana.
- Ley 70 de 1993, basada en el artículo transitorio 55 de la Constitución Política de 1991, Colombia.
- Moore, R. (2018). Un siglo y medio de estudios sobre la música afrolatinoamericana. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 475-513). Clacso.
- Paschel, T. (2018). Repensando la movilización de los afrodescendientes en América Latina. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 269-315). Clacso.
- Sommer, D. (2018). Libertades literarias. La autoridad de los autores afrodescendientes. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 381-415). Clacso.
- Wade, P. (2018). Interacciones, relaciones y comparaciones afroindígenas. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 117-160). Clacso.
- TerriData. (2020). *Demografía y Población. Departamento del Chocó*. Departamento Nacional de Planeación. <https://terridata.dnp.gov.co>.
- TerriData. (2020). *Demografía y Población de Quibdó, Departamento del Chocó*. Departamento Nacional de Planeación. <https://terridata.dnp.gov.co>.